

TOLEDO, 27 DE SEPTIEMBRE

Manuel Lanza Morales

Amanece el día 27 de septiembre de 1936. Es domingo y el sol brillará, como ansioso de contemplar los sucesos que se desarrollarán en este día.

Hace de esto muchos años; más de medio siglo ya, y sin embargo, los recuerdos en mi memoria están tan vívidos como si de ayer mismo se tratase.

Hay que madrugar. El Gobierno rojo ha ordenado que se evacue la ciudad, pues otra vez más, el Alcázar va a ser volado.

Como la vez anterior, los vecinos que habitamos en el número 1 de la calle de la Sillería, no hemos cumplido la orden y hemos permanecido toda la noche en nuestras casas. Uno de los conserjes del Banco de España, que tiene su vivienda frente a la nuestra, nos ha ofrecido el sótano para refugio cuando se lleve a efecto la voladura. Tal refugio reúne todas las condiciones precisas de seguridad y hemos aceptado gustosos la invitación. La experiencia de la otra vez nos induce a refugiarnos en lugar seguro, ante la posibilidad de que piedras u objetos pesados vuelen desde el Alcázar a nuestra casa, como ya había ocurrido, aunque sin dañar a personas. Todavía la luz del día es difusa y cruzar la calle es cuestión de instantes. No obstante, cruzamos de forma casi individual, pues aunque no se observa la presencia de milicianos, sin duda alejados de los contornos del Alcázar por precaución (excesiva) ante las consecuencias de la voladura, la más mínima prudencia por nuestra parte aconseja evitar los grupos.

Entre nosotros se percibe la preocupación de quienes esperan momentos que pueden ser decisivos. Pesa aún, inquietantemente, el recuerdo de los acontecimientos del día anterior. El derribo de un trimotor nacionalista, que llenó de euforia a los rojos, no es sino un motivo más para nuestra angustia. Trato, sin embargo, de animar a todos, haciendo mención de mis conocimientos (totalmente seguros) de la situación de las tropas que vienen hacia Toledo. Mi empleo de Oficial de Correos me permite saber con toda exactitud los movimientos de las tropas, tanto atacantes como atacadas; pero no consigo reanimarles.

Pasaron unos minutos y, de repente, se escuchó un silbido horrísono y algunos, los que estaban en ese momento de pie, perdieron el equilibrio y fueron arrojados sobre los que, en los poyetes del sótano, estaban sentados. La mina había sido explosionada. El silencio que durante cierto tiempo había pesado sobre la ciudad, roto por la explosión, de nuevo se produjo. Por poco tiempo, porque sitiadores y sitiados usaron simultáneamente de sus armas, lo que significaba que la mina no había aniquilado a los defensores de la fortaleza.

El regreso a nuestras respectivas viviendas se efectuó con las mismas precauciones, un tanto más extremadas porque los rojos acudían desde sus puestos de espera hacia los parapetos desde donde hostilizaban a los sitiados, cubriendo a los que, de forma abierta, trataban de asaltar el Alcázar.

Ante mi insistencia de que las tropas nacionales se encontraban en las proximidades de Toledo, don José Sancho y algunos otros vecinos de la casa subimos a uno de los pisos altos, que se encontraba deshabitado y disponía de un ventanillo con vistas a las carreteras de Avila y Madrid, pudiendo observar por los cerros del horizonte movimiento de hombres. Combatientes sin duda alguna, pues se veían fogonazos y se escuchaba un lejano rumor de disparos. No alcanzaban nuestros gemelos a distinguir más que las formas humanas, y eso sin gran precisión.

La batería que los rojos tenían en la finca de Pinedo y que batía constantemente el Alcázar, había variado la dirección de sus disparos, tras de algunos minutos de silencio.

Yo hube de abandonar, a mi pesar, el observatorio compartido, pues debía acudir a Correos, a pesar de ser domingo. En aquellos tiempos el servicio postal apenas distinguía los días laborables de los festivos, por lo que poco antes de las nueve de la mañana ya estaba en el Negociado de Certificados y Valores, al que estaba asignado desde meses atrás.

Pocos funcionarios había esa mañana, tanto en Correos como en Telégrafos. Los imprescindibles, o quizás menos. El servicio a realizar era a diario muy escaso y, al no funcionar, por la festividad del día, los centros oficiales, en Certificados el servicio era nulo.

El conserje de Telégrafos, José Serrano, tenía su vivienda en la fachada trasera del edificio, y dada su altura, dominaba todo el campo que se extiende desde Valdelobos hasta las vegas de Safont y Azucaica. Conocía yo el criterio de este conserje, por lo que, bajo pretexto de tomar un vaso de agua, subí a la vivienda con propósito de advertirle de la posibilidad de ver desde sus ventanas lo que a lo lejos sucedía; pero no bien abrió su puerta a mi llamada, él me dijo que me asomara; había percibido lo que ocurría y seguía atentamente los movimientos de los combatientes. Seguía sin lograr determinar con certeza la marcha de la operación y sentía la angustia de no saber con exactitud la situación real, aunque, por lógica

deducción, cabía suponer que, si el combate cada vez estaba más próximo a la ciudad, era señal de que los atacantes avanzaban.

Serían cerca de las 10 de la mañana, cuando las piezas situadas en Pinedo, variando su ángulo de tiro, hicieron un disparo sobre la ciudad, no sobre el Alcázar. Posteriormente supe que ese disparo, que entró por una ventana del edificio que hoy es Colegio de la Medalla Milagrosa y que entonces se usaba como cuartel de milicias, se llevó la cabeza de un miliciano y fue como toque de retirada.

Por lo menos, también lo fue para nosotros, que mirábamos desde la ventana y pudimos ver que el ataque iba en serio. Hizo su aparición la aviación nacionalista y nuestro descenso a los pisos inferiores se hizo a paso forzado.

Me reintegré a mi Negociado, sin que hubiese sido echado de menos. En el *hall* del público había caras en las que el pavor se reflejaba sin disimulo y las conversaciones se hacían como en habitación de enfermo grave. Yo observaba todo ello con curiosidad e impaciencia. El ruido de los bombardeos llegaba claramente y los gestos de quienes se encontraban en el *hall* era cada vez más elocuentes. Téngase en cuenta que el Cuartel General de las fuerzas sitiadoras, con carácter al propio tiempo de Gobierno Militar, se encontraba situado en el edificio y que el despacho del Gobernador era el del Jefe de Telégrafos, por lo que siempre había un retén de soldados, guardias de asalto o milicianos, cuando no de las tres clases. En esos momentos la afluencia era muy numerosa, y se cruzaban miradas y palabras llenas de preocupación y miedo.

Hacia las once apareció un cabecilla, pistola en mano, reclutando a todos los hombres que había allí y enviándoles a los puntos de combate a los que estaban con armas, o a fortificar a quienes no las tenían. Esto me indujo a representar la comedia de un intenso trabajo, y sobre unos modelos de los usados en el Servicio de Correos me dediqué a escribir con todo ardor, ya que el cabecilla se había asomado a mirar el interior del Negociado por si hubiera alguien a quien reclutar. Yo no volvía la cabeza, y únicamente el reflejo de su sombra me advertía de su presencia. ¿Qué pude yo escribir en aquellos momentos? Esto es algo que se ha borrado de mi memoria, y hoy me gustaría no haber destruido ese escrito. Seguro que reflejaría mi estado de ánimo. El *hall* se iba vaciando y yo temía que ni siquiera mi simulado trabajo bastaría para evitar que tratase de obligarme a acudir a las armas. Como sin prestar atención a cuanto ocurría fuera de mi Negociado, de vez en cuando yo movía de su sitio los escasos objetos de correspondencia existentes en los casilleros, y volvía a mi banqueta para seguir escribiendo. Casi había cesado completamente el rumor de la gente, y se oía con mayor intensidad el fragor del combate. Mi nerviosismo iba en aumento y mi temor a que me arrastraran a lugares comprometidos se acentuaba, al disminuir el número de personas en el patio central.

Vi subir las escaleras al cabecilla, quizás para recibir órdenes o para dar cuenta de la situación a los Jefes que estuvieran en el Gobierno Militar, ocasión que aproveché para salir del Negociado y abandonar el edificio por la puerta de servicio que da al callejón de Menores. No había ningún inconveniente por lo que a Correos se refiere, ni en la calle tropecé con nadie, por lo que llegué a casa sin incidente alguno.

Di cuenta en casa de la situación, con arreglo a las noticias llegadas hasta mí en la Oficina, así como de lo que había visto desde las ventanas altas; pero no pude contagiar a los demás de mi optimismo. Creían sinceramente que la violencia de los combates se debían al deseo de asaltar y terminar de una vez con los defensores del Alcázar. ¡Tan cercanas estaban las tropas nacionales!

Serían las dos de la tarde, cuando en casa llamó un compañero mío de profesión. Me requería para que fuese a la oficina a fin de preparar una expedición especial que saldría poco después, en el que sería último tren que saliera de la estación de Toledo. No quise de ninguna forma que se trasluciera mi enorme preocupación ante la posibilidad de que me obligaran a unirme a ellos, y de muy mala gana volví a la oficina. El trayecto por la calle de Alfileritos fue un verdadero y constante sobresalto: las ametralladoras y fusiles disparaban continuamente y daban la sensación de estar en el Arrabal; algunas mujeres se dedicaban a borrar rótulos de las paredes, con leyendas alusivas a la lucha antifascista. Sus movimientos y gestos eran de verdadero terror. Mientras, con toda la serenidad de que yo era capaz, pregunté a mi compañero sobre esa extraordinaria expedición, y me aclaró que en ese servicio ambulante, que él iba a efectuar, con la correspondencia que hubiere pendiente de salida (??), algunos otros funcionarios se irían acompañándole. No quise insistir considerando el tema delicado y un poco más tranquilo seguí hasta Correos. Se formalizó el documento de salida de la expedición, sin que viera a ningún funcionario más que al que hacía en aquellos momentos de Administrador Principal, señor Ruiz Meroño, ya que el titular, don Manuel Aguillaume Valdés, hacía tres días que se había ausentado de Toledo. Como destacadísimo político de izquierdas que era, debía conocer la verdadera situación y puso tierra de por medio.

Cuando presenté a Eduardo Ruiz Meroño el documento de salida de la expedición para que lo autorizara, no pude por menos que, aun arriesgándome, aconsejarle que se fuera él también. Me constaban tanto sus ideas políticas como la bondad que le caracterizaba, al tiempo que quise devolverle la advertencia que días antes me hizo para evitarme muy seguras complicaciones. Su sentido de la responsabilidad le impidió seguir mi consejo, y en su cara, al despedirme de él, se reflejaba toda una despedida hasta la eternidad. Murió en la desesperada defensa del Seminario.

Volví a casa. Seguí el mismo camino por la plaza de San Vicente y calle de Alfileritos. Al salir del edificio pedí a un centinela que me dijese

la contraseña de aquel día, para cuando volviera al anochecido a mi servicio; pero era demasiado temprano y no se la habían dado a él. En el trayecto de regreso no se escuchaba ya casi ningún disparo. ¿Qué había ocurrido? La calle estaba desierta. Cuando llegué a casa, en el escalón de la vivienda del conserje del Banco de España, dos personas estaban sentadas. Una era Manuel Díaz-Marta; la otra era para mí desconocida. Sus semblantes expresaban el desaliento y la derrota. Entré en casa y de nuevo traté de levantar el ánimo de mis familiares y amigos; pero casi me llegaron a convencer de lo contrario, pues, decían, si no han entrado en Toledo, es que han sido derrotados en su ataque.

Transcurrida la tarde, a la hora de costumbre, hacia las ocho y no sin ciertas dudas, salí dispuesto a llegar hasta Correos por si había llegado el tren que a diario hacía el recorrido entre Toledo y Madrid. Estaba completamente seguro de que no habría tal llegada, pero también es verdad que me impulsaba a ir la curiosidad más que mi celo profesional.

Salí pues de casa y me impresionó el silencio casi sepulcral que reinaba. Habitudo al continuo tiroteo y casi continuo cañoneo, me dejó suspenso el silencio, hasta el punto de que pensé volverme atrás; mas un puntillo de hombría me obligó a caminar hacia la oficina.

Al llegar a la esquina de Sillería, un miliciano me paró y preguntó dónde iba. Le dije mi obligación y en principio se excusó de acompañarme por «estar al cuidado de éste». Esas fueron sus palabras y como yo no viera a nadie, me indicó con un gesto un bulto que se encontraba junto a la pared. Era un hombre, un bombero de Madrid, según me dijo el miliciano, que se encontraba de servicio en el incendio que se había producido en la Casa de la Cruz Roja, al final de la calle de Núñez de Arce, y como yo indagase si es que se había caído, me contestó el miliciano que había sido muerto «por los que venían». Suspendí el tema y le rogué que me comunicase la contraseña, por si en el camino me la exigieran. Cambió entonces de parecer, y diciéndome «éste no necesita ya de cuidados», me anunció su deseo de acercarse hasta el Cuartel General, ya que estaba en el mismo edificio. Anduvimos por la calle de las Cadenas y, al llegar a la altura de la farmacia de Santos, un grupo de milicianos que había en la puerta de la Telefónica nos dio el alto. «Victoria, somos milicianos», gritó mi acompañante, y siguió andando hacia ellos. Cuando estuvimos juntos, mi acompañante habló al que parecía responsable del grupo, un grupo de muchachos jóvenes, que ¡asombroso! están aprendiendo el manejo del fusil.

—Ahora, dijo, voy a acompañar a este oficial de Correos, y cuando vuelva me debéis acompañar alguno de vosotros al parapeto de Zocodover, pues me he quedado solo.

—Y ¿dónde están ahora los que estaban contigo?, —preguntó el responsable—. Que se vuelvan otra vez a su puesto.

—Han muerto todos ellos.

—¿Quién los ha matado? ¿Los del Alcázar?

—No. Los moros que han subido, fue la inesperada respuesta del miliciano, y añadió: —Cuando deje a éste en Correos, vendréis algunos conmigo.

Seguimos nuestro camino, y al llegar a la puerta de Correos, que se encontraba entornada, un guardia de Asalto nos preguntó quiénes éramos. Ante nuestra respuesta nos dejó el paso libre, y yo subí hasta el despacho del Gobernador Militar. No había luz artificial, pero la de una luna llena iluminaba lo suficiente para que la silueta de una persona se destacara en el marco de la ventana. Era, según me dijo, teniente de Estado Mayor y único oficial o jefe existente en esos momentos. Le pregunté si sabía de la posibilidad de que hubiese tren procedente de Madrid, en cuyo caso yo esperaría la llegada de la expedición postal, y en caso contrario, me volvería a casa. Su contestación fue rotunda: no se esperaba ningún tren y podía regresar a mi domicilio para descansar, «que buena falta nos hacía a todos».

Me despedí y salí del despacho; en la puerta estaba el miliciano, que me dijo que esperara, que iba a hablar con el teniente. Los minutos que estuvo dentro me parecieron eternos y temía que, al facilitarle las noticias de la subida de los moros al Alcázar, servirían para obligarnos a permanecer en el edificio y defenderlo de posibles e inminentes ataques. No fue así. Y al salir me dijo que le acompañara hasta la casa de enfrente de la familia Mayor, en la que existía un almacén de Intendencia. Su entrada por la plaza de San Vicente permitía el paso de carruajes, y en el zaguán se encontraba una camioneta a la que algunos hombres cargaban de sacos y bultos. Entró mi miliciano y se produjo una general desbandada, incluida la camioneta. Cuando apareció mi acompañante, miró a uno y otro lado, preguntándome que dónde estaban los de la Intendencia. Yo le dije que habían salido todos ellos, en la camioneta, camino de la plaza de San Juan. Puso un gesto de malhumor, y cuando yo esperaba que dijese que volviésemos hacia casa, me dijo que continuáramos hasta el puesto de Sanidad, que funcionaba en la actual Residencia de los PP. Jesuitas. Interiormente me consumía yo, y mis temores aumentaban cuanto más nos alejábamos de mi casa. Llegamos al puesto sanitario y ocurrió lo que en el de Intendencia. Segundos después de haber entrado, y con toda seguridad haber dado cuenta de la entrada de los moros, salieron a escape unos cuantos sanitarios y, con algunas camillas llenas de medicamentos, enfilaron por la calle de Alfonso XII, en busca de una salida.

Apenas salió el miliciano, renegando de la cobardía de toda la gente, me dijo que me acompañaría hasta mi casa. Yo vi el cielo abierto.

Caminábamos ya frente a la Delegación de Hacienda. Tanto él como yo calzábamos alpargatas, por lo que no hacíamos ningún ruido. Podrían ser las ocho y cuarto u ocho y media, pero las calles totalmente desiertas, daban la sensación de que era plena madrugada. De pronto, oímos perfec-

tamente pasos de varias personas. Mi acompañante se detuvo, cargó su fusil y le preparó para su uso, si fuera preciso. Mi inquietud subió de punto. Temía que fueran soldados y, si poco apetece morir, menos aún cuando se espera ser liberado y no caer a manos de los que consideraba como liberadores. ¿Un minuto, dos, tres? Una eternidad. Por el cruce de Navarro Ledesma y Jardines, aparecieron dos hombres en dirección hacia Tendillas.

Alertados por el miliciano, dijeron que iban de paseo y, bien sabe Dios que la noche invitaba a ello, aunque no así las circunstancias. Les ordenó que se fueran a su casa y los dos apretaron sensiblemente el paso.

Al volver a pasar frente a Teléfonos, seguían los mismos que habíamos visto anteriormente, y ahora, después de los años, comprendo que así fuera, pues que el tiempo transcurrido debieron ser algunos minutos, si bien a mí me pareciera que habían transcurrido horas.

En la puerta de mi casa me dejó, y yo creí haber resucitado cuando me abrió la portera. Cuatro días después me lo encontré en la puerta de una casa de la plaza de P. Juan de Mariana, a la que hube de ir en misión de servicio postal.

Estaba de centinela, uniformado como legionario, pues en uno de los pisos se alojaban unos oficiales del Tercio. El me reconoció, y a mis preguntas, me informó que él no era miliciano, sino soldado de reemplazo, a lo que debió no haber sido juzgado sumárisimamente, enrolándose a continuación en el Tercio «porque los otros eran todos unos cobardes», se justificó.

Conté en casa mis andanzas y las noticias que me había dado el miliciano. Pues bien, ¡no me creyeron! ¿Cómo iban a mantenerse encerrados en el Alcázar, habiendo sido liberados? ¿Cómo, al no escucharse ni un sólo tiro, los del Alcázar no salían para encontrarse con sus familias? ¿No sería una estratagema de los rojos para inducirlos a que saliesen y aniquilarles sin más esfuerzo?

Estas preguntas y razones me hacían mis hermanos y convecinos. No hubo forma de convencerlos. Lo harían al amanecer del siguiente día.

* * *

No había aún casi luz del día, cuando a la puerta de casa unas imperiosas llamadas despertaron a todos.

Habrían pasado unos momentos, cuando la portera abrió y entraron al patio un teniente y cuatro moros armados y dispuestos a hacerse obedecer. Nadie, por supuesto, trataría de oponerse. El teniente era el cuñado de mi hermano Saturio, que antes de cumplir su cometido —hacerse cargo de la tahona de las Cadenas— pasó por casa para saber qué había sido de sus padres y hermanos. El había estado en el Alcázar, pero no sus familiares. Al reconocerle, bajé las escaleras a toda prisa, pero me encontré, de pronto, apuntado por cuatro fusiles, y de no haber dado una orden

Enrique, el cuñado de mi hermano, mal lo hubiera yo pasado. Era la primera situación difícil de aquella mañana del día 28 de septiembre.

No me había dado cuenta yo de que en mi brazo izquierdo llevaba un brazalete rojo, con la mención «CORREOS» que hasta entonces era mi salvoconducto. Desde ahora podría ser mi condena.

Cambié el brazalete y me puse uno blanco.

Transcurridas unas horas llegó la noticia de que, al salir Enrique de casa para cumplir con su misión, recibió un tiro que le atravesó pecho y brazo. Llevado de nuevo al Alcázar, único puesto de socorro existente ese día en Toledo, mi cuñada y mi hermano fueron a interesarse por él y a visitar a su padre, que había estado escondido en casa de una tía mía, ante el temor de que, por ser militar retirado, fuese asesinado como lo fueron otros muchos.

Yo también quise conocer lo que había pasado y salí de casa para interesarme por él y por Enrique; en el camino, justo en la plaza de San Nicolás, me crucé con mi hermano y mi cuñada y mientras me comunicaban los pormenores, una cuerda de prisioneros subía por la calle de Alfileritos.

Mi cuñada reconoció, entre ellos, a un Guardia de Asalto que había protegido a mis parientes Alonso Morales, de quienes el marido de mi prima y un hijo de 16 años habían sido fusilados el día 23 de agosto, con los presos que había en la cárcel. Me dijo mi cuñada que interviniera en favor del guardia y así, yo les seguí hasta el final de la calle de Núñez de Arce, donde habían hecho alto. Me dirigí al teniente de Regulares que estaba al frente del grupo, y lo único que conseguí fue que me ataran a la cuerda de prisioneros. Milagrosamente, así lo creo, el teniente me interrogó sobre mi profesión y mis relaciones personales, y al decirle yo que cualquiera de los militares o paisanos que defendieron el Alcázar podría avalarme, dispuso que me soltaran y me permitió marchar. Lo hice, y según me iba alejando del grupo, me percaté del inmenso peligro que había corrido. Poco después, el grupo había sido pasado por las armas en el Miradero. Fue mi segunda situación difícil.

Deseoso de saber lo que había sido de mis amigos, muy especialmente de los que habían estado en el Alcázar, salí nuevamente de casa y llegué hasta Zocodover. Tuve allí la alegría de saludar y abrazar a unos cuantos y en esos momentos, subió un automóvil por la cuesta del Miradero. Traían a un Guardia Civil, herido al tratar de pasarse a nuestras líneas, según dijo, y como no había otro puesto de socorro que en el Alcázar, era preciso subirle hasta allí. Fuimos requeridos para ello alguno de los jóvenes que nos encontrábamos cercanos al coche, y como no había medios de aproximarse al Alcázar con el coche por estar la calle llena de piedras y escombros del edificio, habíamos de hacerlo andando y llevarle en una manta, al carecer de camillas. En esos instantes, unos cuantos milicianos,

custodiados por tres o cuatro legionarios, se situaron a nuestro lado, y fueron ejecutados allí mismo.

Un capellán, de paisano, les daba la absolución y a continuación, uno por uno cayeron bajo los disparos. El espectáculo no era muy agradable, y yo me volví de espaldas mientras esto ocurría. Pocos instantes después sentí que me empujaban y cuando me volví el capellán me hizo el signo de la cruz sobre mi cabeza; ante mi sorpresa, le dije que yo no era de los prisioneros, que estaba esperando que trajesen una manta para llevar al Alcázar a un herido, por lo que me dijo: «Ah bueno, perdona». De no haber estado atento al modo de operar con los prisioneros y hubiese adelantado unos pasos, pensando que estorbaba, hubiese perecido sin pena ni gloria. Era la tercera situación difícil de la mañana.

Por fin, alguien aportó una manta, y acomodado en ella el herido, entre cuatro jóvenes iniciamos el camino hacia el Alcázar. La subida entre escombros resultaba penosa y lenta. Cuando estábamos a la altura de la casa que en tiempos alojó los servicios de Telégrafos, fuimos advertidos por uno de los centinelas del Alcázar de que tuviésemos cuidado, por la cantidad de bombas de mano que había esparcidas sin explotar. Esto, al tiempo que nos detuvo, nos permitió ver dos camillas abandonadas; en una de ellas pusimos al herido y reemprendimos la ascensión. Unos pasos más adelante tuve la desgracia de pisar una piedra suelta y resbalé, quedándose mi pie junto a una bomba de mano. Por cuarta vez había estado a punto de sufrir un grave accidente. Al fin, y después de muchos cuidados, llegamos hasta la fortaleza y tuve la visión de lo que es un asedio.

En nada se parecía al imponente y monumental edificio en el que pasé la noche del 18 de Julio.